

# Discurso de don Gustavo Lira

Decano de la Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas.

Señor Ministro, señor Rector, señoras y señores:

La Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas de la Universidad de Chile, ha acordado, con motivo de las fiestas centenarias de la Corporación, rendir un homenaje a los miembros de la Facultad que alcanzaron la dignidad de Rectores de la Universidad. Cumplimos este acuerdo hoy en esta ceremonia civil, expresando nuestro respeto por un hombre eminente, en quien se unieron raras cualidades de profesor, de investigador científico y de hombre de Estado: Don José I. Vergara.

A la distancia de los años transcurridos, se destaca con relieve la influencia de la Universidad en el desarrollo espiritual de la República. Alcanzada, con gloriosos esfuerzos, la Independencia, la nueva nacionalidad logró afianzar su estructura institucional con un vigor perdurable, que no se encuentra en la historia de ningún otro país de la América Latina. Había sido quizás la concepción política del genio de Portales, de fundar el orden en un Gobierno impersonal, con autoridad emanada sólo de la Ley, y no del prestigio de un caudillo, la que había alcanzado ese milagro. Pero es también seguro, que ese concepto no habría tenido la eficiencia de más de medio siglo que alcanzó, si la Universidad no hubiera, con su acción, satisfecho a la necesidad de contar, para su éxito, con una élite gubernamental preparada, y no hubiera dado los elementos de dignificación de la clase media, que es el mayor factor de equilibrio de las democracias.

Como en los fenómenos misteriosos de la Biología, el resurgimiento espiritual de 1842, creador de la Universidad, aparece así dando comprobación, en lo social, al aforismo de que la función crea el órgano necesario para realizarla.

El órgano fué creado, hace un siglo, y su acción en todos los campos, el moral y el político, el social y el económico, el científico y el técnico, el literario y el artístico, se hizo sentir de inmediato. Don José Ignacio Vergara, actuó en este renacimiento, dentro de la segunda generación de la Universidad, como que fué discípulo de Domyko, quien lo distinguió con su aprecio. Y representa en el campo científico el aporte de los hombres de esta tierra, que con su esfuerzo, se pusieron en condiciones de reemplazar a los extranjeros eminentes de la primera generación universitaria, la de la fundación de la Corporación.

Asombra hoy día que este hombre de estirpe aristocrática, en este apartado país nuevo, se dedicara al cultivo de las ciencias más abstractas: el Cálculo Infinitesimal, la Mecánica Racional y la Astronomía, hasta el punto de profesar estas cátedras cumbres, con plena autoridad en la Facultad de Matemáticas, como asombran tam-

bién sus trabajos científicos en el Observatorio Astronómico, realizados con todas las dificultades inherentes a la falta de instrumentos, de elementos, de libros, o de consultas oportunas a otros Institutos de la misma índole.

Don José Ignacio Vergara actuó también en el campo político. Pero no lo hizo como un medio de alcanzar honores, no para halagar a los poderosos del momento, como lo hiciera Laplace, que echó con ello una sombra sobre el resplandor magnífico de su genio. Vergara fué a la política como a un servicio público eminente, como lo prueba su labor en el Ministerio de Educación en donde impulsó el perfeccionamiento y la extensión de la Instrucción Primaria, en una forma que sólo a veces se ha repetido en esta rama fundamental de la Educación. Y en el Ministerio del Interior le cupo actuar en uno de los períodos más ardorosos de nuestras luchas cívicas: curiosa antinomia en quien había vivido en la observación de la marcha silenciosa de las estrellas, o en las especulaciones más abstractas sobre la cantidad.

Cosechó sinsabores en este campo. Fué blanco de ataques deleznales que examinados hoy día, a la distancia, casi moverían a risa, si no hubieran amargado a un hombre de tan dilatada acción pública, al término de la cual, al morir prematuramente, en plena madurez de su vigorosa intelectualidad, dejaba a su familia en una pobreza tal, que el Estado tuvo que intervenir para salvarla decorosamente.

Por todo esto, la Facultad de mi presidencia, al recordarlo como a uno de sus miembros más preclaros, lo presenta a la juventud que hoy acude a sus aulas, como un ejemplo de amor al estudio, de amor a la ciencia, y de austero desinterés en el servicio de la colectividad.